

que entendemos bajo el más sagrado de los términos, el de la libertad. En efecto, es libre aquél que no opta por aquello que fue llamado graciosamente "la ideología de la ruptura". Y, en primer lugar, quien no opta por esta disociación que marca todavía, por más que nos irrite-mos, nuestras mentalidades y nuestros comportamientos: la disociación de interioridad subjetiva y exterioridad —o de la "extranjeridad"— del mundo puesto por hipótesis como rebelde a la razón. Pero, a la inversa, la libertad implica también que el discurso, por el cual comprendo al mundo y me comprendo en el mundo, no reduzca de ninguna manera la diferencia estructural, que nos cabe a nosotros más bien reconocer e instaurar entre el acto del espíritu y sus propias condiciones de historia. La unidad de estas dos negaciones es el camino de la entera positividad que tiende a mostrar que la sola diferencia humanamente significativa es aquella que proviene de un retomar la inmediatez solamente dada por aquello que es necesario llamar, justamente, una libertad instauradora.

El término "reconciliación", que Hegel usa para significar esta identidad diferenciada, puede quizás despertar la sospecha de una especie de pérdida de tensión especulativa. No es un término esencial, y nada impide que renunciemos a su uso. A condición de que otro término —¿el de "funcionamiento estructural"?— recoja lo que Hegel tenía en vista bajo el primero: no ciertamente la extinción de diferencias, sino su justa "articulación" —otra palabra cuya plenitud nos habla quizás mejor— su articulación en la razón misma de su diferencia.

Hegel 150 años después. Veinticinco años de escrutación paciente de su obra me han convencido de que los procedimientos lógicos que él confeccionó contienen, si queremos respetar su equilibrio altamente paradójico, todo lo que es requerido para honrar a la vez, con el mismo rigor de compromiso, los valores de unidad y de pluralidad, que serán siempre co-determinantes para quien quiere enseñorearse del curso de las cosas. Con una condición: que tengamos la libertad de volver a interrogar, a distancia, estos procedimientos, dándole un lugar más amplio en ellos, si fuera posible, a esta alteridad irreprimible, en la que nos es necesario ver, no el límite del pensamiento, sino el origen y la substancia del discurso en el cual ella se dice. Entonces se comprometería esta fineza más grande del análisis que nos haría transitar de una simple alteridad de diferencia, que es del orden de lo dado, a esta alteridad de relación que es principio y cuerpo de la libertad¹⁸.

por A. GARCIA ASTRADA (Córdoba)

En su libro *Filosofía del poema*, Aldo Parfeniuk¹ trata de establecer un diálogo entre pensar y poetizar a través de cinco poetas cordobeses. Y, como poeta él mismo, lo hace con honda comprensión y mudo de los suficientes elementos que le suministra la filosofía para que aquel no sea un diálogo de sordos. Desgraciadamente esto ha sucedido con frecuencia y ha llegado a transformarse, a veces, en arduas e incomprendibles querellas. El ámbito en el cual acontece el pensar y el poetizar sólo puede devenir campo de batalla cuando únicamente se mide la distancia que los separa y no se asume la proximidad de su habitar y el común destino que los une. Diciéndolo con palabras de Hölderlin el pensador y el poeta "habitan vecinos cumbres distantes". Y ¿qué es eso común que permite al pensador y al poeta habitar vecinos y compartir un mismo destino a través de lo cual ambos esencialmente se copertenecen? El más inocente y peligroso de todos los bienes: el lenguaje. "El lenguaje, dice Heidegger, es la casa del Ser. En su morada habita el hombre. Los pensadores y los poetas son los guardianes de esa morada".

Sucede, sin embargo, que con demasiada frecuencia algunos filósofos han querido asaltar esa morada con conceptos, juicios y razonamientos regidos todos ellos por el principio de contradicción que, según la formulación aristotélica dice que "es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo y en una misma relación". El principio de contradicción es una condición de la razón finita referida a lo condicionado y a lo limitado. Dentro de este campo él es el insoslayable primer principio de toda demostración, aunque él no es objeto de ninguna demostración, pues si lo fuese ya no sería primer principio. Su conocimiento goza, no obstante, de una dignidad mayor que la que puede obtenerse de cualquier demostración ya que su evidencia no es demostrable sino, simplemente, mostrable. La inteligencia ve de un modo inmediato lo que es una verdad inmediata.

Siendo condición de lo condicionado el principio de contradicción tiene vigencia únicamente para una perspectiva que se mueva en un ámbito de diversidad entitativa, entre cuyas partes establece un orden de relación y un orden temporal. El es suprema ley de la razón finita, de la *ratio* que *pro-ratea* entre los entes, que mide, calcula y razona en medio de ellos, conformando todos los juicios que sobre ellos podemos hacer. Infringir este principio es caer en total desvarío y desorden mental con relación al mundo de los entes. Pero la razón que legítima-

¹⁸ He intentado un análisis de este género en un estudio que aparecerá próximamente y que se titula: "La experiencia, o el discurso del otro".

¹ Aldo Parfeniuk, *Filosofía del poema* (Análisis de la obra de Osvaldo Pol, Osvaldo Guevara, Alejandro Nicotra, Julio Requena, Romilio Ribero), Edic. Caligrama.

mente se mueve en la multiplicidad de las cosas, es absolutamente impotente para acceder al Ser. Cualquiera que sea la vía finita que pretenda transitar para alcanzarlo terminará en el extravío y el fracaso. En esa búsqueda el Ser siempre será un convidado de piedra, siempre será el gran ausente. El Ser es lo Absoluto, lo ilimitado, lo incondicionado, lo que no puede estar condicionado por nada y, por tanto, no puede estar condicionado por el principio de contradicción. La contradicción, sin embargo, al trascender el campo de lo condicionado y de lo finito nos acerca al Absoluto y, por eso, hacerse cargo de ella es ineludible tarea para aproximarse a ese misterio en el que se abisma el pensamiento del hombre. En esa aproximación el Ser siempre está más allá de todo razonamiento y sólo por un salto, por una *metabasis eis ello genas*, puede tenerse acceso a él. Ese salto lo da el pensar; fue Parménides quien dijo, en forma definitiva, que pensar y Ser son lo mismo. Pensar no es lo mismo que razonar y puede suceder —cuando no se ponen las cosas en su lugar— que el razonar llegue a transformarse en el más porfiado enemigo del pensar.

Pero aquel salto por medio del cual moramos en las cercanías del Ser, no sólo puede darlo el pensar sino, también, el poetizar. Habitando en esas cercanías el hombre puede escuchar la voz que el Ser le dirige y su dignidad consiste en saber corresponder a esa voz. Esa correspondencia es el lenguaje y es el hombre, en tanto pensador o poeta, quien tiene a su cargo la casi sagrada tarea de ponerse a su servicio y ser su guardián. “Propiamente, dice Heidegger, habla el lenguaje, no el hombre. El hombre habla recién cuando él corresponde al lenguaje”.

Para el hombre es un ser finito y su palabra también lo es. Su decir es esencialmente entitativo o sea sobre cosas finitas de las cuales la razón pretende obtener un concepto y formular una definición. Y, como ya lo hemos dicho, por esta vía nunca podremos trascender de lo finito y de lo limitado. Sin embargo tenemos que hacer pie en esta tierra relativamente conocida para, dando un salto, hacer un acto de traslación —*metaphérein*— a ese Ser del cual todos los entes participan. El pensar resulta, de este modo, esencialmente metafórico. Mientras la razón, frente al mundo de multiplicidad, procede *in modo recto*, el pensar lo hace *in modo oblique* y sólo así puede acceder a la unidad de la cual todo lo múltiple procede. Ya Hegel decía que el rodeo es el camino propio del espíritu.

La esencia del pensar es, pues, la metáfora y —¡qué casualidad!— también lo es del poetizar. La metáfora, por cierto, es un desafío al principio de contradicción y, por ello, según Aristóteles, no tiene vigencia cuando el nombre corresponde exactamente a la cosa, como sucede con la definición respecto a lo definido. La metáfora que, según él, es “la transferencia de un nombre de una cosa a otra”, únicamente es posible cuando no hay una correspondencia exacta entre el nombre y la cosa, lo cual permite ese juego que la traslación supone. Y recurrimos a esa transferencia cuando advertimos la impotencia de toda palabra para decir, por medio de ella, lo que verdaderamente queremos decir; cuando advertimos la insuficiencia de toda palabra para transmitir nuestro pensamiento. Ortega y Gasset, quien ha dedicado

a la metáfora sutiles reflexiones, dice que a ella “no sólo la necesitamos para hacer, mediante un nombre, comprensible a los demás nuestro pensamiento, sino que la necesitamos inevitablemente, para pensar nosotros mismos ciertos objetos *difíciles*. Además de ser un medio de expresión es la metáfora un medio esencial de intelección”.

El pensar como el poetizar no se conforman con detenerse en lo individual, sino que el gran esfuerzo que ellos intentan es integrar lo individual con la totalidad de la cual aquel forma parte. La metáfora es el medio adecuado para llevar a cabo tan egregia empresa porque ella nos permite el salto que nuestro sistema conceptual, regido por la lógica, nos impide dar. La metáfora lleva a cabo su cometido desrealizando la cosa individual, diluyéndole en otra cosa, la cual, a su vez, es también desrealizada y diluida en la anterior. Cada uno de los elementos constitutivos de aquella *son y no son* y esto acontece en una misma relación y simultáneamente. La técnica para lograrla consiste en comparar una realidad con otra en un punto que no sea esencial para ambas. “La buena y bella metáfora, dice Aristóteles, es contemplación de semejanzas”. Sin embargo no pareciera que en la mera contemplación de semejanzas la metáfora agotara su misión. A través de ella el hombre empieza a entrar en un ámbito distinto del cotidiano y a establecer relaciones distintas de las habituales. Es como si iniciara el ingreso a una nueva tierra y a un nuevo cielo, donde las diferencias entre las cosas comenzaran a claudicar; donde cada parte del todo más aludiese a ese todo que a sí misma. En la época arcaica de Grecia el mandato de Dionisio era: “Olvida la diferencia y hallarás la identidad”. La parte por el todo, *pars pro toto*, es el secreto anhelo de toda metáfora y es por ello que el pensar y el poetizar, que custodian la casa del Ser, son esencialmente metafóricos.

Y, justamente, porque lo metafórico pertenece tan hondamente al pensar y al poetizar, la presencia del mito —que es un modo de ejercer la metáfora— no puede ser algo extraño al ámbito de aquellos. Es, pues, un acierto de Parfeniuk dar cabida a lo mítico cuando pretende desarrollar una filosofía del poema. Nosotros ya hemos visto la insuficiencia del razonamiento lógico para expresar el absoluto y maravilloso misterio que mantiene en vilo el pensar del hombre. El mito es una forma de decir, con perfecta coherencia interna, algo dado a la intuición como fundamento último de todo lo real. Mito significa palabra y la palabra mítica devela la íntima y verdadera realidad del mundo que se mantiene oculta a lo puramente conceptual. Platón, por ejemplo, recurre al mito cuando quiere expresar lo más profundo de su pensamiento y de ningún modo resulta aquél algo extrínseco y extrapolado, sino que se integra privilegiadamente a la raíz misma de su sistema. Aristóteles, el creador de la lógica occidental, dice que “el que plantea un problema o se admira, reconoce su ignorancia. Por eso, también, el que ama los mitos es, en cierto modo, filósofo; pues el mito se compone de elementos maravillosos”. Otro acierto de Parfeniuk para caracterizar la palabra poética es el haber señalado el carácter mímico que, a veces, ella tiene. Al hacerlo ha tenido presente los tres momentos señalados por Cassirer en la evolución del lenguaje: el mímico, el

analógico y el simbólico; esquema que, hasta cierto punto, constituye la columna vertebral de su ensayo.

El poeta, consagrándose a la palabra y siendo su custodio, evita que se anonade en el olvido del hombre la inquietante y misteriosa función que ella tiene. La palabra, en efecto, no sólo devela la realidad sino que, además la instaura. La historia de las religiones y la historia de las mitologías coinciden casi unánimemente en este poder que la palabra tiene. En el *Antiguo Testamento*, por ejemplo, en el *Eclesiástico*, leemos: “Voy a traer a la memoria las obras del Señor y a pregonar lo que he visto. Por la palabra del Señor existe todo, todo cumple su voluntad según su ordenación”. Esta idea la vemos ratificada en el *Prólogo* del *Evangelio* de San Juan cuando dice: “Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba al principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por El y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho”. En la mitología americana tenemos también un magnífico ejemplo. En el *Popol Vuh* que es el libro de los indios que habitaban la región del Quiché, en Guatemala, encontramos este relato: “Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil y vacía la extensión del cielo... No había nada dotado de existencia. Solamente había inmovilidad y silencio en la oscuridad, en la noche. Sólo el Creador, el Formador, Tepeu, Gucumatz, los Progenitores, estaban en el agua rodeados de claridad... Llegó aquí entonces la palabra, vinieron juntos Tepeu y Gucumatz, en la oscuridad, en la noche y hablaron entre sí Tepeu y Gucumatz. Hablaron, pues, consultando entre sí y meditando; se pusieron de acuerdo, juntaron sus palabras y su pensamiento... Luego la tierra fue creada por ellos. Así fue en verdad como se hizo la creación de la tierra: ¡Tierra!, dijeron, y al instante fue hecha”.

Luego este don mágico de la palabra fue transmitido al hombre. En el Génesis se dice que: “Javé Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera”.

El privilegiado don de la palabra como instauradora de lo que es y, por tanto, develadora de su verdad, es herencia que los poetas han recibido. Pero esa herencia no puede ser dilapidada arbitrariamente. El poeta, como custodio de la casa del Ser, tiene que tener templado su oído para escuchar la voz que en esa casa se pronuncia. Platón dice que los poetas “tienen un oído agudo sólo para una melodía, la que pertenece al dios por quien están poseídos”. Para los griegos la palabra del poeta sólo es verdadera en la medida que sabe corresponder a la voz que recibe de los dioses. Homero suplica inspiración a las Musas porque, les dice, “vosotras sois diosas que todo lo veis y todo lo sabéis; pero nosotros sólo de oídas sabemos las cosas, tenemos conocimientos de ellas”.

La palabra como instauradora de la cosa constituía originariamente una unidad tan íntima con ella que para el pensar mítico se identificaba con su verdadero ser; el nombre no sólo designaba una cosa sino que era esa misma cosa. Por ello, quien tuviese poder sobre

el nombre, como el brujo por ejemplo, tenía también poder sobre la cosa. Pero como Parfeniuk lo señala bien el poeta tiene la posibilidad, en virtud de esa magia que posee o, quizá mejor, que lo posea, de ejercer un acto de regresión por medio del cual la palabra recobra su valor mimético y se transforma, entonces, en la cosa misma. El resultado es “un mundo poético poblado de colores, sonidos y perfumes que sensitivamente conviven en correspondencia o en confusión”.

El primer poeta tratado por Perfeniuk es *Osvaldo Pol*, quien además de poeta, también es sacerdote. Nosotros ya hemos visto que según Hölderlin el pensador y el poeta “habitan vecinos en cumbres distantes”. También hemos visto que su esencial misión es ser custodios del lenguaje, esa morada donde el Ser habita; pero ambos la cumplen de un modo diferente. Aludamos a esa diferencia con palabras de Heidegger: el poeta dice el Ser, mientras el poeta nombra lo sagrado. Pero el poeta no sólo nombra lo sagrado sino que, además, anhelante lo busca. Ciertamente que si de algún modo ya no lo conociera no podría buscarlo; pero lo conoce como lo absolutamente desconocido y por eso lo busca. En *Hechos de los Apóstoles* se dice que cierta vez San Pablo, puesto de pie en medio del Areópago, dijo: “Atenienses, veo que sois sobremanera religiosos, porque al pasar y contemplar los objetos de vuestro culto, he hallado un altar en el cual está escrito: *Al Dios desconocido*. Pues ese que sin conocerle veneráis es el que yo os anuncio”. El poeta busca y nombra a ese *Deus absconditus* que se manifiesta permaneciendo oculto y cuyo modo propio de revelarse es el misterio. Un poema de Pol dice:

Los caminos se pierden
en la espesura
y las cartas de viaje
son inútiles brújulas
en territorio nunca transitado.
Todo
en su ritmo canta
al Fugitivo
que nos dejó sin rastros.
Pongo los labios redibujando
para mí
las formas. Y tan sólo rescato
la irrenunciable búsqueda.

El silencio de Dios que en su manifestación sigue permaneciendo oculto lleva a la desolación y ese, justamente, es el título de un soneto que encontramos en *Los bordes de la herida* y que empieza así:

Tu silencio, Señor, sabe a tormento
que prolonga los bordes de la herida.
Hay una noche-noche renegrida
donde todo es ausencia y descontento.

Y termina con estas palabras:

Hasta cuándo, Señor, seré humillado
en esta oscuridad donde resido?

Soy hermano de Job, crucificado.

El alma religiosa vive en una permanente tensión entre lo divino y lo humano; entre lo infinito y lo finito. Al no estar en Dios se siente vivir en el exilio, pero en ese exilio se experimenta a sí mismo, se capta como ipseidad; allí domestica intimidades, doblega la nostalgia y se acostumbra al engaño. Kierkegaard en su libro *Enfermedad de muerte* afirma la especial característica del pecado que consiste en afirmar la mismidad del hombre frente a la divinidad. "Se peca, dice, cuando ante Dios o con la idea de Dios, desesperado, no se quiere ser uno mismo o se quiere serlo". Leamos este poema de Pol que está en su libro *Los bordes de la herida*:

Situado en el exilio
que mereció mi culpa
me ofrezco dividido
al infortunio.
Todo me sabe ajeno,
sombra de realidades muy lejanas
que abandoné al partir.
Y sin embargo
también aquí
mi tienda se despliega.
Domestico intimidades.
Doblego la nostalgia
y me acostumbro
al engaño
de las apropiaciones.
Con el tiempo apenas si lamento
lo perdido.
¡Oh, cuán honda mi culpa!
¡No la borra el exilio!

El poeta que nombra lo sagrado y vive en el exilio no se conforma con un tiempo de reloj y de almanaque. Su oído tiene el privilegio de hacerse sordo a ruidos que lo acosan permitiendo así que en su memoria resuene una Voz que desde siempre lo llama. Es una Voz que viene desde la altura y hace que nueva vida le arrastre con su fuerza y su hermosura. Con infinito asombro recorre, entonces, una calle circular que es eterno presente. Así lo dice Pol en un poema de *Vibraciones*:

No me gusta este tiempo de reloj y almanaque.
No me sirven las horas,
ni la agenda,
ni citas que me crecen.
Yo manejo otro tiempo
que me lleva sin prisa,
donde el alma se expande sin caminos marcados,
donde todo acontece sin cuenta ni medida.

Yo recorro otra calle circular e imprecisa,
que es eterno presente de un asombro infinito,
que es la zona intermedia del sueño y la vigilia,
que es el hueco profundo donde el pulso dormita.

Yo me mido por dentro
con un tiempo de muerte,
con un tiempo de vida.
Y los días me crecen
como un río.

Oswaldo Guevara es el segundo poeta estudiado por Parfeniuk. Teniendo presente la ya señalada división del lenguaje hecha por Cassirer en sus momentos mímico, analógico y simbólico, Parfeniuk ve en la poesía de Guevara un ejercicio regresivo hacia el momento mímico de la palabra, es decir cuando ésta no designa tanto una cosa sino que tiende a identificarse con el ser mismo de ella. "Las palabras, de este modo, son cuerpos vivientes que responden a convocatorias mágicas y ante las cuales ceden su ser. Leenhardt en su libro *Do Kamo* donde estudia el mundo mítico del melanesio, pone de relieve la identidad que hay para el canaco entre la palabra y la cosa: "La palabra es el poder de manifestación del ser". Palabra y cosa, expresa Leenhardt, "se complementan exactamente; el objeto es palabra porque es, bajo el aspecto técnico, manifestación de la persona". Esa función creadora que la mentalidad mítica ve en la palabra, la ejerce ahora el poeta con toda legitimidad. Es comprensible, entonces, que Parfeniuk diga que "el poeta nominador por excelencia crea seres lingüísticos hasta entonces inéditos. Nos muestra nuevas presencias". Esta metamorfosis creadora de una nueva realidad estética la podemos ver con claridad en la *Oda al sapo*:

.....
Quiero tocar vocablos dulces como tu vientre
para nombrarte en notas. Para decirte en jugos.
Zueco desenterrado que extravió una llovizna..
Soñolienta pedrada. Breve cántaro acústico.
Gleba de azul y aceite. Muñón del árbol golpeado.
Densa abeja del barro. Piedra tejida. Puño.
Rumoroso bostezo de violín bajo el agua.
Paletada de hierba. Campanada de musgo.

Es evidente que el sapo, de este modo cantado por Guevara, se presenta ante nosotros con una nueva realidad cuya riqueza escapa a cualquier concepción y a todo intento clasificatorio. Este carácter dador de un nuevo ser que tiene la palabra produce, además, una nueva y extraña mimesis. El nombrador y lo nombrado se confunde: el sujeto deja de ser sujeto y el objeto deja de ser objeto. No debe extrañarnos, entonces, que las palabras finales de la *Oda* sean estas:

Mi corazón de sapo cruza mi ser gritando.
Zumbo un fervor de sapo. Soy horrible. Soy único.

La palabra se ha mimetizado con la cosa y, a través de la palabra, también con ella se ha mimetizado el poeta. Este vive en total inmediatez con su mundo poético. A ese mundo él lo ha creado y en ese mundo él está; no es sino una prolongación de sí mismo. A esta experiencia Neruda la canta con estas palabras: "Como todas las cosas están llenas de mi alma / emerges de las cosas llena del alma mía".

Consciente del poder mágico de la palabra y, como todo poeta anhelante de totalidad, es comprensible la tentación de Guevara. El quiere poseer una palabra absoluta que se extienda más allá de todo límite y así lo confiesa:

... Pero yo tuviera una palabra
una palabra sola
abierta y brusca
ancha y caliente como una germinal cadera
densa y delgada como los párpados del vino
redonda y palpitante como el casco de un toro
leve y tremenda
hierro y levadura...
ah! la palabra total, ceñida y parturienta.

El último libro publicado por *Alejandro Nicotra* se titula *Lugar de reunión* y el acierto de este título radica en que la esencia misma del poetizar de Nicotra consiste en la añoranza y en la búsqueda de un lugar de reunión. A ese lugar las cosas son convocadas y también nosotros mismos somos convocados para que allí alumbre la verdad. En ese lugar de reunión toda la realidad es puesta a salvo, es custodiada, es respetada en lo que ella misma es. Reunir en griego se decía *léguein* y significaba, justamente, ese recoger, ese poner a salvo, ese rescatar y dejar estar a las cosas y traer a la luz todo lo reunido. De *leguein* deriva *Logos* y una de las acepciones de *Logos* es palabra. La palabra es, pues, lugar de reunión y el decir de la palabra es un develarnos todo lo reunido en aquel privilegiado lugar. La palabra auténtica, y fundamentalmente la palabra poética, es la que nos permite, en medio de la dispersión del tiempo y de la amenazante alienación en la multiplicidad entitativa, no apartarnos de aquel lugar de recogimiento que nos pertenece, que sentimos como una auténtica patria. Sentirse desterrado de aquel lugar es la esencia misma de la nostalgia. "Esta es la nostalgia, decía Rilke: habitar sobre las olas y en el tiempo no tener nunca una patria". Para que la nostalgia no nos anonade debemos apelar a la memoria y a la palabra poética y construir sobre la tierra un metafórico y provisorio lugar de reunión. Comentando el poema de Hölderlin "...Poéticamente habita el hombre..." dice Heidegger que hay que "pensar la esencia del poetizar como el dejar habitar, como el construir, tal vez incluso, como el construir por excelencia".

En su búsqueda de un lugar de reunión la casa se le aparece a Nicotra como un primer hallazgo. En su libro *Detrás, las calles* dice:

Nada más que una casa, pero quien
podría resistirse cuando ha vuelto
después de un año y otro año y otro,

hasta veinte años, y en la casa espera
una sombra con ojos, siempre fijos.

Sí, hay una casa donde todo es infancia y donde quizá todavía ahora esté jugando un niño. Pero el tiempo no respeta a las casas y ellas vuelven a la tierra y se hacen tierra y el olvido todo lo consume. En un poema de *Puertas apagadas* leemos:

Una a una aquellas casas se acostaron;
sus pies de piedra se tendieron entre barro y raíces
las puertas abrazaron, ya vencidas, la noche,
la cal buscó el reposo de la luna:
[se acostaron, durmieron,
soñaron con los muertos de sus patios
(entre las últimas conversaciones,
hablaba una guitarra)
Definitivamente descansaron.
Y la tierra se cerró sobre sus techos.

Otro lugar de reunión es la plaza. Ella es punto de convergencia de calles, de cita para los hombres y donde la piedra y el árbol y el cielo están presentes. Nicotra dice:

y la ronda
de montañas y árboles festeja el aire inmóvil
de la plaza hacia donde miran todas las calles,
plaza
en que eres alegre revelación de piedra y agua
y cielo
desnuda para siempre.

Y en *Enumeración urbana* de su libro *Puertas apagadas* nos encontramos con esta confesión que hace la plaza, por boca de Nicotra:

Y las plazas, los sitios
donde el tiempo respira y dice, por árboles
y gárgolas: — Yo soy la eternidad.

Pero todos estos lugares terrenales parecieran insuficientes. La tierra es impotente para la devastación del tiempo y precarios los lugares de reunión que pueda ofrecernos. Nuevamente recordemos a Rilke quien se preguntaba: "¿No es tu sueño ser invisible alguna vez? ;Tierra invisible!". Para encontrar su lugar de reunión el poeta debe, ante todo, reunirse consigo mismo asumiéndose y pronunciando su palabra. Para la consumación de esta tarea la muerte es un horizonte insoslayable y con ella debe dialogar:

En nuestras conversaciones,
sin querer, ella es el tema.
O es nuestra secreta dialogante;
hablemos de lo que hablemos,
acercamos los labios a su oído:

hablamos para ella,
nuestra muerte.

En posesión de su palabra y sabiéndola auténtico lugar de reunión,
el poeta continúa su búsqueda:

El hombre que ahora escribe
con mano que se cierne mortal,
escribe para los ojos de la muerte.
Busca un lugar de reunión.
Arboles desaparecidos y futuros,
las fuentes que no cesan, circulares,
tus ojos y su boca:
¿hay una plaza
sin nombre, a donde dan todos los
días?
Busca un lugar de reunión,
escribe para los ojos de su muerte.

Cuando nos enfrentamos a la poesía de *Julio Requena* debemos tener presente que el pensar y el poetizar son esencialmente metafóricos. En la obra de Requena el Absoluto todo lo abarca y lo abarca en forma absoluta. Y a ese Absoluto él lo piensa con una metáfora y lo poetiza con variadas metáforas. El Absoluto, que es el Ser, es Uno y eterno y nada hay fuera de él; y como nada hay fuera de él el Absoluto es el Todo. Cuando Heráclito habla de esta experiencia y dice que Uno es Todo *En Panta*, afirma que no él quien lo dice sino que lo dice el *Logos* a través de él. El Absoluto como Todo, como *coincidentia oppositorum*, está en cada una de las cosas. Este es el sentido de aquellas palabras de Nicolás de Cusa cuando en su *Docta ignorantia* afirmaba que “todas las esencias son la misma esencia de todas las cosas y que la esencia de todas las cosas es cualquiera de ellas y a la vez todas y ninguna individualmente”.

Para Requena el Absoluto está simbolizado por la luz, coincidiendo, así, con lo que dicen antiguas y sabias tradiciones religiosas y míticas. En los Upanisad, por ejemplo, se afirma que la luz es idéntica al Ser (*atman-Brahman*) y que la comprensión de sí mismo (*atman*) se obtiene por la experiencia de la luz interior. En un poema de su libro *De la mente y la Nube*, escribe Requena:

De dónde viene esta luz
sino del vértice justo del Universo.
Desde el fondo de los misterios,
si se pudiera fondear el centro donde brota
el torrente de lava hirviendo
del sigiloso misterio
petrificándonos.

Y en otro poema del mismo libro poetiza sobre ella de este modo:

Esta luz...
Esta luz que nos palpa y entra,

y entra y rebalsa la sangre
y desborda los ojos
y sus limitaciones.

Ya en *Los poemas de Ongamira* está presente esta radical metáfora de Requena cuando exclama:

¡Luz fecunda de prodigios!
¡Transparencias secretas!
Tomar sol es nadar por los cielos profundos.

Pero ese Absoluto no permanece estático encerrado en sí mismo, sino que va desplegando todas las diferencias que en él son coincidencias y, modelando estas diferencias, va donándose y creando, de este modo, un mundo. Para expresarlo poéticamente leamos estos versos:

Sopesando,
evaluando esta luz,
reconociéndola atentamente
como un alfarero con sus pulgares modelándola,
soltándola.
Dejando deslizarse
de mano en mano
su finísimo chorro
de reloj de arena
la luz
reconociéndola
como dadora del mundo.

Y porque la luz es origen de todo y en todo está, Requena puede decir que “la roca es el congelamiento de la luz”.

Un pensador del Absoluto no puede eludir el experimentar que las cosas no pueden tener su ser en sí mismas sino que ligadas unas a las otras encuentran su ser y su unificación en el Todo. Este puede unificar, *unum facere*, porque es el Ser único de todas las cosas. Siendo cada cosa una participación y *speculum* del Ser único, conocerlas no exigirá un inútil adentrarse en su nula mismidad sino, quebrando los límites, especular sobre la Totalidad, en la cual, por la cual y desde la cual cada cosa obtiene su verdad. Pero aquel especular no podrá ser representativo ya que el Todo no es objeto de un sujeto finito, sino previo a la distinción *sujeto-objeto*. En la *di-solución* de las diferencias es lo *ab-soluto* lo que se hace patente. Cuando se es poeta se podrá decir:

Cerrar el inventario de las cosas,
dejar de creer en la economía.
Volar de pronto en pájaro
y adquirir su práctica de unificarlo todo.

Rilke decía: “Ciertamente es extraño ver en el espacio aletear libremente todo lo que estaba atado. Estar muerto es penoso y hay tanto que recuperar para sentir lentamente un poco de eternidad. Pero los

vivos cometen todos la falta de hacer distinciones con demasiada fuerza". Y otro poeta, Pessoa, canta así su experiencia:

Comprendí que las cosas son reales y todas
diferentes unas de otras;
comprendí esto con los ojos, nunca con el
pensamiento.
Comprender esto con el pensamiento sería
hallarlas todas iguales.

Para superar las distinciones hechas con demasiada fuerza, para hallar las cosas todas iguales, para dejar que el Absoluto viva en nosotros se requiere, como dice Requena

Cerrar los ojos
(no cerrarlos: vaciarlos)
y presenciar la nube encima de uno
formada por la sombra de la frente.
.....
Soltar la nube,
(soltar la frente: los recuerdos)
y descansar al borde del crepúsculo
para ver sin el yo junto a las cosas.
¡Entrañable momento en que ser uno
significa vaciar la mente entera!

Esta idea de que para dejarse penetrar por el Absoluto es preciso pensar sin objetos y hacer un vacío en nuestra mente es casi constante en Requena. Ya en *Los poemas de Ongamira* encontramos expresiones como estas: "Estar así, en un puro meditar sin objeto"; "Lo que es capaz de estar vacío a cada instante puede recibir todo". Expresiones que hacen recordar aquello que decía Santa Teresa: "el mismo cuidado que se pone en no pensar nada, quizá despertará el pensamiento a pensar mucho".

Este vaciamiento del pensar respecto a todo lo objetivo, a todo lo limitado y aparente nos permite

Descubrir que no hay yo
comprobar que cada uno es
su peregrinaje a los demás

Nos permite, además

Quedar fuera del tiempo,
como el aire
dentro del fuego,
al fondo
de la llama
y asir la vastedad de los orígenes
detrás de la apariencia.

Pensar en el Absoluto nos lleva necesariamente a pensar en el

tiempo y la eternidad. Al abarcar la totalidad de lo que es, al ser Uno en Todo, el Absoluto posee simultáneamente todo aquello que desde una perspectiva finita transcurre temporalmente. En todo lo que desde esta perspectiva *es, ha sido o será*, el Absoluto está presente eternamente. El Absoluto es permanente y simultánea posesión de sí mismo y de todos sus momentos como dice la definición de Boecio. El tiempo, por el contrario, no es esta permanente y simultánea posesión de todos sus momentos, sino la sucesión de ellos. Pero esta sucesión no puede acontecer sino en el seno del Absoluto ya que fuera de éste nada hay. El tiempo no es, entonces lo totalmente heterogéneo de la eternidad, sino una inmanente circularidad que rueda dentro de ella. Se explica, pues, que Platón diga que el tiempo "es la imagen móvil de la eternidad", y también que nuestro Martín Fierro pueda cantar:

Porque tiempo es una rueda
y rueda es eternidad

La eternidad, en definitiva está en el tiempo. Este *estar en —instare—* es lo propio del *instante*. La eternidad instalada en el instante instaure el tiempo como algo no absolutamente heterogéneo a ella. Pero, por ello mismo, instalarse en el instante supone colocarse en el límite donde el tiempo deja de ser tiempo, donde la eternidad empieza a ser eternidad. Este rodeo nos era necesario para advertir la coherencia de la actitud de Requena. Por una parte canta lo que en él es una profunda experiencia: "¡Eternidad que convives con nosotros y creemos pasajera!"; por la otra advierte que es el instante la puerta que se abre a la eternidad y nos permite instalarnos en ella:

Sólo poder
ser el instante
que no divide el cielo
de la tierra
ni el ojo
de su mirada.

El último de los poetas analizados por Parfeniuk es *Romilio Ribero*. Parfeniuk advierte con toda claridad que la comprensión de este poeta sólo puede lograrse desde la dramática tensión que vive su poetizar entre el tiempo de su vida fáctica y el tiempo mítico que es como una atmósfera que le envuelve y de la cual no puede desprenderse. Romilio Ribero se aferra en su poetizar a una mentalidad arcaizante, mentalidad que, como lo ha señalado Mircea Eliade vive en medio de una radical dualidad. Por una parte tiene obsesión por lo real, obsesión por el verdadero Ser y apetencia de eternidad; por otra parte experimenta que ninguno de los objetos del mundo, ni ninguno de los actos humanos tienen ser ni valor por sí mismos, ni desde sí mismos. Todo lo que es y todo lo que se hace únicamente puede tener realidad en la medida que es repetición de algo *ya sido*, que es repetición de algo que es *ab origine*. La mentalidad arcaica tiene horror a la acción corrosiva del tiempo y tiende a regenerar lo por él devorado mediante una repetición de lo que desde siempre ha sido. Diversos en su forma,

dice Mircea Eliade "todos esos instrumentos de regeneración tienden hacia la misma meta: anular el tiempo transcurrido, abolir la historia mediante un regreso continuo *in illo Tempore*, por la repetición del acto cosmogónico". Algo es real, en definitiva, sólo en la medida que es reiteración o participación de un arquetipo. Como es sabido para Jung todos esos arquetipos están alojados en el inconsciente colectivo, en la gran memoria común de la humanidad. En su obra *Libro de bodas, plantas y amuletos* encontramos un poema en el cual se narra el nacimiento mítico del propio poeta, un hombre-dios, que cíclicamente repite un mismo arquetipo. Y la narración la hace una mujer, una madre arquetípica, la Gran Madre, que gozosa adora al niño que nace para poblar la tierra en jugo de su estirpe.

Maduro, lo terrestre del rocío te aguardó.
La luna, con su cuerpo de aguas quiso invadir el mundo
para lavarte.
Las mujeres del destierro me dijeron que bebiera mandrágora.
Pero sólo recuerdo que mis ojos cantaban

.....
Rendidamente estoy adorándote, carne reciente, gozosa,
los espacios se llenan de aéreas catedrales, de extraños
danzarines de magia, de escribas de cenizas,
de rotos caracoles que aun recuerdan el mar,
de abejas que retornan al fondo del verano donde cantan
las nupcias

.....
Yo te engendré debajo del árbol del crepúsculo.
Con mi sangre tejí la tela de tu cuerpo y te deposité
sobre la tierra para poblarla en jugo de mi estirpe

.....
Y serás poeta. Cronista desterrado del sagrario sangrante
de la tierra

Preguntarás muchas cosas que los hombres no te podrán
contestar

Porque tú eres el hijo del viento dominado, del hacedor del
sol y de la lluvia.

Y de las plantas mágicas que enseñaron la ciencia del espíritu,
y que ardieron encima de mis senos llagándome a sales,
engendrando tu corazón para la astronomía de la muerte.

Pero Romilio Ribero habitaba una tierra que hasta había olvidado el olvido y el recuerdo era impotente para lograr un lugar de reunión. La trivialidad del decir, el afán de novedades, el encandilamiento por el cálculo, el avasallamiento de la técnica ya casi no dejan tiempo para escuchar al poeta. La historia se acelera, entonces, con rumbo apocalíptico y la palabra calla y los dioses se ocultan. El destierro que el poeta aceptó para venir a redimir ya no tiene sentido y como el hijo pródigo quiere regresar al hogar. En *Relato del pródigo* que está en su libro *Tema del deslindado* Ribero dice:

Encuentro que ya nada puede justificar este
destierro.

Tengo que rescatar, no por perdón ni orgullo
aquellas lejanías, donde la luz disputa su límite
mortal a mi memoria.

Sin embargo residir en una tierra que se le ha vuelto inhóspita ha hecho que el poeta quede atrapado por la historia y su anonadante transcurso. Ya toda interrogación es inútil y todo llamado vano y, lo que es más grave, en medio de tanta vanidad de vanidades ya ni siquiera el sueño del retorno florece. Escuchemos a Ribero:

No fuimos llamados, pero el amor quedó en el
baldío mundo de los hombres; en el vasto
invierno de los oscuros animales,
en la heredad vastísima donde el alma se viste de
palabras, entre sordas cenizas,
y los altos vientos y las tropillas y los cencerros
que tuvieron visitación en otros días
desde profundas patrias del silencio acallaron su
música.

Lloramos desde entonces por oscuras ciudades que
nos hacen de niebla,
que dedican sus ruidos a negar la belleza
y ya no ha salvación en el fragor del día en que
cantamos

.....
Sabed que toda interrogación es inútil. Que todo
llamado es vano,
simplemente, porque he perdido aquel país de
flores y de niños
que llovían sus pétalos de luz en la grave
indulgencia de la infancia

.....
En el tiempo dormido de mi sangre, ya no florece
el sueño del retorno.

Para el poeta el mundo ha perdido su ser y su sentido porque los arquetipos que eran los que le otorgaban ese ser y ese sentido han sido olvidados y ya no hay oídos que escuchen aquella lejana voz creadora del mundo. Sólo queda la impasible soledad y un desierto que crece y corroe la conciencia del hombre. Y entonces el poeta se conforma con recordar ciertas cosas:

Y esto reconocemos:
Que la pampa es inmensa y de su soledad
participaron los pájaros;
y hasta su sed llegaron los perdidos
y un día en el aire brumoso de América aceptaron
sus vientos,

poblaron las ciudades arenosas de un idioma
olvidado
y en sus ojos vacíos las graves noches entreabrieron
llantos.

El poeta que aceptó nacer para ser cronista desterrado en el aire
brumoso de América, siente su impotencia y siente cómo la sangre
se le quema en cautivas ciudades y cómo todo regreso es imposible:

Ya no puede volver, máscara o huevo de desdicha.
Por eso estoy quemándome en cautivas ciudades de
túneles sin ángeles.

El libro de Parfeniuk nos ha hecho meditar y creo que ése es el
mayor elogio que pueda hacerse de un libro. Por eso mismo él se ha
hecho acreedor a nuestro agradecimiento. Quizá haya un misterioso
ámbito donde el pensar, el poetizar y el agradecer constituyan un
mismo lugar de reunión y sean la forma de corresponder a una mis-
ma palabra que nos convoca.

SANTA TERESA, MUJER DE LETRAS Y ORACION *

por O. POL S.J. (Córdoba)

Acallados los ecos de las celebraciones del Año Teresiano, volva-
mos hoy —al modo de una “repetición” ignaciana— a la insigne figura
de la mística Doctora / no para reiterar el homenaje sino para abre-
varnos e inspirarnos espiritualmente / en las aguas caudalosas de su
espíritu. Siempre es oportuno retomar la memoria de esos arquetipos
evangélicos que son los Santos, pero nunca tanta oportunidad como
ésta del comienzo del año académico, para evocar a Santa Teresa de
Jesús, flamante Patrona de nuestra Biblioteca, amiga “de letras” y
maestra de oración, ya que son esos mismos dos caminos los que en
esta Casa caminamos —intentamos caminar— hacia la Sabiduría. No
sé si podré yo guiarles el recuerdo con la versación que ella y ustedes
se merecen no siendo un erudito indagador de su Obra ni un especia-
lista en teologías místicas; pero sí sé decirles que encaro la tarea no
sólo con interés curioso sino con infinita simpatía. Todo lo teresiano
me resulta familiar, quizás porque desde muy niño, en la lejana iglesia
pueblerina puesta bajo su advocación —donde fui bautizado y donde
por primera vez me acerqué a la Eucaristía— su imagen serena y
luminosa guió mis primeros sentimientos religiosos y poéticos; y tengo
para mí como una de las peregrinaciones más extrañas la que me
llevó por primera vez a Avila y Alba de Tormes ávido de sus reliquias
y la que me acerca con frecuencia al manantial de sus escritos. Por
todo esto no esperen de mí el pensamiento original ni el alarde de lo
novedoso, sino más bien el cálido acercamiento, fascinado y temeroso,
de la admiración y el cariño.

Dios situó a Teresa de Jesús en un *siglo* azaroso, en muchos sen-
tidos parecido al nuestro. Sin duda es esta una de las claves de la
actualidad de su figura. Toda su vida transcurre en el corazón mismo
del *siglo* XVI, iluminado y fecundo, zarandeado de descubrimientos y
de crisis. América, recién acontecida para Europa, funda entusiasmos
nuevos, fomenta fervores y fantasía sin cuento, dando a España y el
mundo horizontes impredecibles. Teresa nace en 1515. En el 17 Lutero
lanza las primeras llamaradas de la Reforma Protestante. Carlos V,
el Emperador, más resplandeciente que Carlomagno, acaba de llegar
de Flandes y es coronado en 1520: de ahí en más se la pasará enre-
dando a todo el mundo en sus inacabables rencillas con Francisco I
de Francia y sus tironeos con el Papa. En 1527 nace en Cuenca el
cristalino fray Luis de León, lujo insigne de la poesía y la prosa
castellanas. En 1534 Inglaterra se enrieda en el cisma: el rey Enrique
lleva al altar sacrílego y al patíbulo a sucesivas esposas; hace subir

* Siguiendo una costumbre inaugurada hace un tiempo por nuestra
revista, publicamos aquí la lección inaugural de las Facultades de Filosofía
y Teología del Colegio Máximo de San Miguel, tenida el 14-3-1983.